

Estado Social versus Neoliberalismo

FERNANDO ÁLVAREZ-URÍA

Las ideas no mueven el mundo pero un mundo sin ideas es a la vez un mundo sin rumbo. La sociología crítica trata de responder a la demanda social y en este sentido puede servir de guía para la acción. ¿Cómo salir en el momento actual de la situación de perplejidad que se perpetúa desde hace decenios? ¿Cómo combatir el desempleo, el empleo precario, las desigualdades sociales que se agrandan en cada país y entre los países ricos y pobres? ¿Cómo promover un trabajo social imaginativo y generoso cuando se reducen sin cesar los gastos sociales y el chantaje neoliberal de las empresas multinacionales reduce al mínimo la acción solidaria de los Estados? Nadie, en este momento, posee soluciones milagrosas, pero podemos y debemos contribuir a proporcionar un diagnóstico de los callejones que nos impiden avanzar. Nuestras sociedades dicen defender algunas conquistas históricas que requirieron siglos de luchas y de esfuerzos por parte de millones de seres humanos. Entre esas conquistas figuran valores que son ya patrimonio de la humanidad tales como la igualdad, la fraternidad y la libertad, pero en la práctica estos principios constitucionales distan de haberse hecho realidad. Las desigualdades sociales van en aumento, la lógica del beneficio personal prima sobre los intereses comunes,

las libertades se ven recortadas en la sociedad del espectáculo por la crisis del trabajo y la precariedad laboral. Millones de ciudadanos se sienten incapaces de asumir libremente un proyecto consecuente de sus vidas, pues carecen de soportes económicos, culturales o relacionales en los que apoyarse. El resultado es una merma de credibilidad en la democracia que alimenta el reencantamiento del mundo, es decir, el retorno de los irracionalismos religiosos, los fundamentalismos liberticidas, el refugio en la privacidad, la omnipresencia de las cuestiones de identidad. No nos podemos bajar de este mundo en marcha, pero tenemos derecho a proclamar que no nos gusta el rumbo que, desde el puesto de mando, han marcado los grandes líderes políticos, que actúan al dictado de los grandes poderes financieros.

Estado Social versus Neoliberalismo*



Fernando Álvarez-Uría

La privatización es un robo

Desde finales de los años setenta la retórica neoliberal, proclamada a bombo y platillo en los Estados Unidos y en Europa occidental por los poderes mediáticos, se ha impuesto de forma acrítica en nuestras sociedades como si se tratara de una verdad revelada. En realidad los mentores del nuevo credo liberal, los nuevos dioses del Olimpo económico, tienen nombres y apellidos. Entre los principales defensores de la nueva economía destacan algunos sacerdotes del mercado como Friedrich Hayek, Milton Friedman, Gary Becker, así como el recientemente fallecido Robert Nozick. La prestigiosa Universidad de Harvard ha servido de eco a sus voces y ha puesto sordina a las razones de sus detractores, de modo que fuera del liberalismo no parece haber salvación. Términos tales como espíritu de empresa, liderazgo, flexibilidad, ajuste económico, saneamiento, competitividad, privatización, liberalización... figuran escritos con letras de oro en los catecismos de la mayor parte de los gobiernos. No son consignas aisladas, responden a un programa cuidadosamente diseñado mediante el cual algunas selectas mentes universitarias rinden pleitesía a los nuevos amos del universo. El principal enemigo a derrotar no es otro que el Estado social. Las políticas de *privatización* constituyen, desde hace dos décadas, el ariete con el que golpean los representantes del neoliberalismo para derribar a los sistemas de protección del Estado social.

* Una parte de este texto ha sido publicada como tribuna en el diario *El país* (4 de mayo 2002).

Hubo un tiempo en el que a la fallida utopía liberal tan sólo se oponía el sueño del socialismo democrático. Masas de miserables lucharon y dieron sus vidas por construir una sociedad igualitaria que nunca se hizo realidad. El relanzamiento del liberalismo en los años ochenta y noventa del siglo XX hunde sus raíces en el fracaso de la utopía socialista, pero las políticas neoliberales, en su ciego empuje mercantilizador, amenazan con derribar los pilares instituidos del Estado social keynesiano, surgido de la derrota de los fascismos. *Liberalización*, el término talismán que el gobierno español promocionó con la ayuda de los *berlusconi* de turno en la cumbre de Barcelona, significa sobre todo un ataque contra las viejas formas de garantía social, incluido el derecho de los trabajadores a la jubilación.

Frente a la fracasada utopía liberal, y frente a la irrealizada utopía socialista, el Estado social surgió tras el baño de sangre de la Comuna de París para crear un espacio de negociación entre las dos grandes clases sociales en pugna: los propietarios y los proletarios. Los primeros hicieron de la propiedad privada un derecho sacralizado por la legislación. Los segundos soñaban con abolir la propiedad privada para instaurar el socialismo, es decir, la colectivización de los recursos de la tierra en beneficio de todos. El Estado social, en tanto que expresión de los intereses colectivos, no abolió la propiedad privada, pero creó una nueva forma de propiedad, la propiedad social. La propiedad social es la propiedad de todos avalada por el Estado de derecho y, por tanto, es la única propiedad de la que efectivamente gozan los no propietarios, la gente sin condición. Mediante la propiedad social los pobres pudieron acceder a la riqueza de un patrimonio común. Se instituía de este modo en el puesto de mando el principio de la solidaridad que alcanzaba su plena expresión mediante el desarrollo de las instituciones públicas, y también a través del buen funcionamiento de los servicios públicos. Fue así como las instituciones públicas de enseñanza, la sanidad pública, las bibliotecas, los museos, las industrias y las obras públicas, las viviendas sociales, en suma, las políticas de protección social gozaron de una gran legitimidad democrática. Frente a la lógica del beneficio privado el Estado social ponía límites a la lógica mercantil, y mediante la propiedad social garantizaba un espacio de integración para todos, y especialmente para aquellos que por carecer de propiedades corrían el riesgo de quedar descolgados del grueso de la sociedad.

A partir de la denominada década neoliberal los embates contra la propiedad social, contra las políticas e instituciones protectoras articuladas en torno a la seguridad social, no han cesado de incrementarse. Para legitimar este expolio organizado era preciso descalificar las instituciones públicas, la función pública, la fiscalidad sobre las grandes fortunas, los servicios públicos, denunciar sus inercias, burocracias y rigideces, a la vez que proliferaron los cánticos laudatorios a la iniciativa privada, al espíritu de empresa y a *la cultura empresarial*. Fue así como en esta economía sin sociedad el suelo y el subsuelo públicos pasaron a manos de especuladores privados, fue así como empresas públicas o semipúblicas fueron entregadas por los gobiernos de turno a los viejos amigos del colegio, fue así como los contratos discrecionales y la corrupción pasaron a adquirir una especie de carta de naturaleza en nuestros sistemas políticos, a la vez que viejas formas ya olvidadas de capitalismo salvaje irrumpían en la escena social.

El triunfo del mercado y de la lógica liberalizadora conduce a la barbarie, conduce a las vacas locas y a Gescartera, impone el *sálvese el que pueda* que se incrementa a un ritmo directamente proporcional al deterioro del Estado social. La bipolarización de la sociedad entre ricos y pobres adquiere entonces un ritmo galopante, y en la medida en que se debilita o desaparece el colchón amortiguador de la propiedad social la sociedad pierde su vertebración. Crece el imaginario del miedo, el imaginario de la inseguridad, las víctimas son convertidas en enemigos, y se debilita la fuerza de cohesión de las clases medias para dar paso a sujetos en flotación que, como los supervivientes de un naufragio, tratan de mantenerse a flote perdidos en el mar.

La privatización es un robo pues transfiere a los ricos la propiedad de los pobres, y por tanto priva a la sociedad de su principal base de integración. Ante este asalto programado a las instituciones públicas —que pasa también por su patrimonialización partidista, lo que no deja ser otra versión perversa de la privatización—, únicamente cabe asociarse y resistir, pues lo que está en juego es la pervivencia misma de la ciudadanía social.

J. M. Keynes ha señalado en sus *Ensayos sobre intervención y liberalismo* que una de las falacias de los apóstoles del liberalismo consiste en definir una forma liberal de progreso que impide en la práctica otras formas alternativas de perfecciona-

miento social de tal modo que las políticas liberales se convierten en una profecía anunciada que sirve de confirmación al credo liberal. Las políticas liberalizadoras reposan en el dogma de que los intereses individuales de quienes triunfan en la lógica del mercado deben de ser preferidos a los intereses del conjunto de la sociedad protegidos en el marco del Estado social. El neoliberalismo es un fundamentalismo que se ignora. En el otro polo se sitúan los movimientos antiglobalización que, cada vez más, van cobrando cuerpo y coherencia. No deja de ser una ironía que a la fuerza de la razón que ampara a estos movimientos los gobiernos de los países ricos, lejos de ser sensibles a sus demandas, únicamente hayan respondido apelando, como si de delincuentes se tratara, a las fuerzas del orden. Los líderes mundiales, protegidos en fortalezas sitiadas como cámaras acorazadas, parecen incapaces de darse cuenta de que si la gente sale a la calle y se pone a gritar reclamando cotas más altas de justicia e igualdad es, en último término, porque unos gobernantes democráticamente elegidos y elegantemente vestidos no sólo no les escuchan sino que nos están intentado *privatizar* con premeditación y alevosía una casa común en la que todos tenemos derecho a habitar.

Planificación y libertad

La lógica neoliberal del *coge el dinero y corre* vacía de sustancia a la sociedad y genera un mundo sumido en las tensiones sociales y en la perplejidad. Las acciones terroristas de fanáticos descerebrados que actúan en nombre de una presunta defensa de la identidad amenazada por la globalización (identidad religiosa, nacional, étnica y otras) son la otra cara del cálculo mercantil y de la ingeniería financiera de los nuevos *amos del universo* que contribuyen con su irresponsable afán de lucro *la pobreza de las naciones*. Cuando el futuro se presenta como una gran amenaza, cuando la violencia material y simbólica atezca a las sociedades, es preciso una vez más retornar al primado de la política democrática. Para ello conviene aprender de aciertos y errores pasados. Es preciso no olvidar la historia.

Fue en Gran Bretaña donde se desarrolló después de la segunda guerra mundial el Estado Social promovido por los socia-

listas de cátedra alemanes tras la Comuna de París. W. H. Beveridge en su *Informe* unificaba todos los seguros contra los riesgos sociales bajo el manto protector de la Seguridad Social. Por su parte Keynes, al proponer el desarrollo de las políticas orquestadas desde el Estado defendía la complementariedad entre el crecimiento económico y las prestaciones sociales. La riqueza creada debía de reducir cada vez más las distancias entre ricos y pobres con el fin de articular una sociedad integrada en la que la democracia se haga efectiva. Ambos tuvieron una clara influencia en las medidas británicas y en el sistema estatal de bienestar puesto en marcha por el Gobierno Laborista a partir de 1945 que incluía un Servicio Nacional de Salud, sistema que fue desarrollado, en mayor o menor medida, por los países occidentales europeos. Este Estado Social fue un Estado redistribuidor que se sirvió de la fiscalidad para exigir impuestos de los grupos sociales más ricos y crear así servicios e instituciones de propiedad social: centros de enseñanza, centros de salud, bibliotecas, viviendas de protección social, obras públicas, museos, pensiones de invalidez y de vejez, centros deportivos, políticas de asistencia social... El Estado Social pretendía superar las contradicciones del Estado liberal que había creado bolsas enormes de pobreza y desarraigo, y lograr un amplio consenso social, una nueva legitimidad política.

En una primera aproximación se puede decir que el Estado Social keynesiano es un estado multifuncional que potencia y regula la economía (incluida la privada), redistribuye bienes, servicios y recursos (a través de un nuevo sistema de fiscalidad), y potencia el gasto público. Todo ello conduce a una ampliación de las funciones y del poder del Estado, a un incremento de la propiedad social, en tanto que propiedad de todos, y especialmente de quienes no poseen propiedades, conduce, en fin, a un crecimiento del sector público. El Estado social logra un cierto consenso social pues Estado, patronal y sindicatos participan activamente en las funciones de gobierno, a la vez que la clase obrera acepta no cuestionar de forma radical las relaciones de producción –la propiedad privada– a cambio de un sistema de redistribución de la riqueza y de un sistema activo de negociación social (enseñanza pública gratuita, servicios sanitarios gratuitos, medicamentos, vacaciones pagadas, reducción de la jornada laboral, garantías en el empleo, salario mínimo, etc.) El Estado so-

cial keynesiano nace de la derrota de los fascismos, nace también del fracaso del liberalismo para resolver la cuestión social.

Durante los años ochenta y noventa del siglo XX el desarrollo de las políticas neoliberales han supuesto un duro golpe para unos derechos sociales y políticos tan costosamente conseguidos, pues fueron precisas dos guerras mundiales para que la invención del Estado social keynesiano llegase a materializarse.

Nos encontramos en la actualidad en una situación de perplejidad que es en parte semejante a la que surgió tras la segunda guerra mundial cuando se implantó el Estado social. Remontémonos a la Inglaterra de la postguerra. El periódico *Tribune*, por ejemplo, anunciaba en su número del 29 de marzo de 1946 un debate público sobre *planificación y libertad* que tendría lugar en Conway Hall, en Londres, y en el que participaría como principal invitado el célebre escritor y activo militante socialista George Orwell. Orwell era entonces uno de los escritores de izquierdas más conocido pues, además de sus crónicas de guerra y de una infatigable actividad periodística, había publicado ya su libro de mayor éxito, *Animal Farm*. En este libro, traducido al español con el expresivo título de *Rebelión en la granja*, arremetía con fina ironía contra el estalinismo y la burocracia soviética. No sabemos exactamente lo que Orwell defendió en aquel *meeting*, pero si sabemos cuales eran sus preocupaciones en la época pues en el *Manchester Evening News* venía publicando una serie de artículos sobre *la revuelta intelectual* en los que abordaba el vivo debate sobre la planificación estatal que entonces dividía a los intelectuales. *En estos últimos años*, escribía Orwell en el artículo que abría la serie, *se ha puesto de manifiesto, cada vez de manera más clara, que el viejo estilo, el capitalismo de laissez-faire, se ha agotado. (...) Indudablemente, en todas partes los vientos apuntan hacia las economías planificadas, lejos de una sociedad individualista en la que los derechos de propiedad son absolutos y el principal incentivo de la vida es hacer dinero.* Pero el magnetismo que ejercían sobre las masas en aquel tiempo conceptos tales como *centralización y economía planificada* no era compartido por todos. Pensadores tales como Gide, Malraux, Maritain, Koestler y Bertrand Russell, entre otros, habían planteado abiertamente sus críticas al comunismo soviético, y se mostraban bastante escépticos sobre las posibilidades del progreso tecnológico. De

hecho Orwell agrupaba a los intelectuales en cuatro tendencias: los *pesimistas o conservadores*, contrarios a una sociedad planificada que no puede conducir ni a la felicidad ni al verdadero progreso; los *socialistas de izquierdas* que aceptan el principio de la planificación y tratan de combinarlo con la libertad individual; los *reformadores cristianos* que intentan hacer compatible el cambio social revolucionario con la adhesión a las doctrinas cristianas; y, en fin, los *pacifistas* que se oponen al Estado centralizado y al ejercicio del gobierno mediante la coerción. Mientras que pesimistas y pacifistas apostaban predominantemente por la libertad, socialistas y reformadores cristianos se decantaban más por la planificación. Entre los libros en los que se opta por la libertad, frente a la planificación, Orwell incluye *Freedom and Organisation* de Bertrand Russell, pero también *The Road of Serfdom* del profesor Hayek, así como *Contempt of Freedom* de Michael Polanyi. El liberalismo de Hayek estaba entonces en posición minoritaria pues como señaló Orwell *en la actualidad el principio de la propiedad pública es aceptado por prácticamente todo el mundo, incluidos muchos de los que se llaman a sí mismos conservadores. Se muestra un principio aceptable pues parece apropiado a la estructura de un país industrial, y porque ofrece a la mayoría de la gente las ventajas que un capitalismo sin freno les ha negado. En la actualidad el mundo en su conjunto camina hacia una sociedad fuertemente planificada en la que la libertad personal ha sido abolida, y en la que la igualdad social no se ha realizado. Esto es lo que las masas quieren pues para ellas la seguridad es más importante que ninguna otra cosa.*

Entre los grandes adalides de una planificación no burocrática, y acorde con los ideales democráticos, se encontraban dos intelectuales húngaros, el sociólogo Karl Mannheim y el economista Karl Polanyi, hermano de Michael Polanyi. Ambos sintetizaban a la vez una posición próxima al socialismo pero compatible con el cristianismo social. En realidad al final de la Segunda Guerra Mundial se produjo un inusitado florecimiento intelectual, fue un momento emblemático que marcó una época pues en torno a 1944 se publicaron tres libros que resumen bien los términos en los que estaba planteado el debate entre planificación y libertad: *Camino de servidumbre* de F. A. Hayek, *La gran transformación* de Karl Polanyi y, por último, la fábula antiestalinista *Rebelión en la granja*, escrita por George Orwell. Hayek asume

la posición radicalmente liberal, Polanyi la posición socialista y democrática compatible con el reformismo cristiano, en fin, Orwell representa al socialismo libertario y la defensa de la democracia directa. De hecho Orwell, en la reseña que realizó para *The Observer* del libro de Hayek, *Camino de servidumbre*, expresó su posición con claridad: *el capitalismo conduce a las colas de racionamiento, a la lucha por los mercados y a la guerra. El colectivismo conduce a los campos de concentración, a la adoración del líder, y a la guerra. No hay salida a no ser que una economía planificada pueda de algún modo estar combinada con la libertad intelectual, algo que únicamente ocurrirá si la diferenciación entre la verdad y el error vuelve a articular la vida política.*

En la actualidad vivimos en una época en la que la pujanza de los intereses privados, la denominada mundialización, y el desarrollo del mercado especulativo libre de trabas, señalan un declive de las sociedades planificadas. El espíritu de nuestra época dista de valorar las instituciones públicas de propiedad social que en los países industriales está siendo desmanteladas mediante sucesivas privatizaciones. La planificación económica por los Estados democráticos ha cedido terreno ante el gran empuje de las exigencias planteadas por las multinacionales a los gobiernos, de modo que los mercados globalizados imponen la ley de la flexibilidad, la eliminación de disposiciones legales que sirvan para disciplinar el mercado, y la supresión de otras *barre-ras protectoras*. Algunos ven en el desarrollo de la denominada *nueva economía* el triunfo de la libertad y de la sociedad civil, mientras que otros, menos optimistas, temen el retorno de la jaula de hierro que Max Weber anunció con temor y temblor y que, efectivamente, se materializó en los años treinta en los sistemas totalitarios.

Desde los años ochenta del siglo XX, desde el triunfo en Inglaterra y en los Estados Unidos de los gobiernos neoconservadores que pusieron en marcha políticas neoliberales, se viene produciendo una marejada mercantilizadora que tendencialmente supone un fuerte ataque al Estado social, a la propiedad social y a la planificación democrática, es decir, a las políticas públicas tendentes a promover la igualdad social. La Rusia soviética, que diseñó los famosos planes quinquenales, se ha desplomado y los ataques contra las políticas del *Welfare* han adquirido en nuestras sociedades capitalistas, durante las dos

últimas décadas, tanto en la teoría como en la práctica, una especial virulencia. El triunfo tendencial del mercado autorregulado reclama como tributo el retorno de la ciega confianza en la mano invisible.

En aquellos años de irresistible ascensión y derrota de los fascismos, en torno a una institución de enseñanza e investigación, la *London School of Economics and Political Science*, todo un grupo de científicos sociales vivieron y asumieron la necesidad de elaborar análisis críticos que respondiesen a las urgencias del presente. Se vivía en esa época un tiempo de perplejidad e incertidumbre que en cierto modo se asemeja al nuestro. La mayor parte de la población tenía la sensación de navegar sin rumbo en un barco a la deriva. En la actualidad disponemos, sin embargo, de la rica información que nos proporcionaron los vivos debates que tuvieron lugar en esos años en torno a la libertad y a la planificación. Esos debates, que introducen la perspectiva en el análisis de nuestra actualidad, no sólo nos ayudan a comprender el presente, resultan también vitales para poder encarar con mayor conocimiento de causa el futuro. En realidad el propio Orwell, tras la derrota de los fascismos, veía imparabile el empuje del Estado social, pero a la vez había intuido que de algún modo, tarde o temprano, se plantearía el conflicto en el que nosotros estamos hoy sumidos: *¿Se producirá un cambio de dirección cuando la centralización y la burocracia entren en conflicto con los intereses de los grandes grupos económicos?*, se preguntaba. En la actualidad conocemos la respuesta a la pregunta que Orwell se formuló. El empuje neoliberal ni siquiera parece haber sido contrarrestado por los gobiernos socialdemócratas que se mueven temerosos y a la defensiva. Se precisan apuestas imaginativas que protejan el tejido social y promuevan una sociedad de iguales, y esas apuestas solo pueden surgir de la iniciativa ciudadana, de los partidos políticos progresistas y de los movimientos sociales. Es preciso supeditar el mercado autorregulado a los imperativos democráticos del Estado social que los organismos internacionales deben impulsar a escala mundial. Para ello aún estamos a tiempo de reflexionar y de actuar con el fin de evitar que la situación se degrade pues, de otro modo, el *cambio de dirección* podría llegar a poner de nuevo el mundo al borde de la catástrofe.